

Gibraltar y la masonería española



■ Leando Álvarez Rey. Universidad de Sevilla



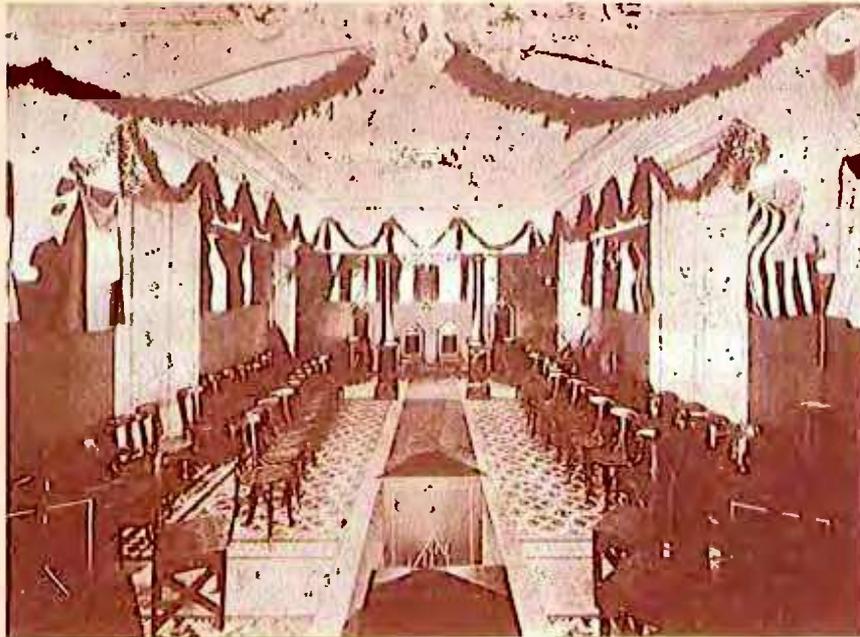
La existencia de organizaciones masónicas en Gibraltar constituye una realidad cuyos orígenes casi se remontan a los de la presencia inglesa en la Roca. Dicho fenómeno no resulta nada extraño si tenemos en cuenta que la masonería, tal y como hoy la conocemos, nació en Londres en torno a 1717, concitando esta nueva organización de carácter filosófico y especulativo, humanitaria y filantrópica, la adhesión de importantes sectores de la nobleza y de la alta sociedad británicas. Tanto es así que desde entonces pertenecer a la masonería siempre ha sido considerado en los países nórdicos y de tradición anglosajona como un signo de respetabilidad y distinción, gozando la institución francmasónica de un prestigio y un respeto casi generalizados.

Las primeras logias

En Gibraltar las primeras noticias fiables relativas a la presencia de masones se remontan a 1727, si bien hasta el 9 de marzo de 1728 no se constituyó un taller reconocido oficialmente por la Gran Logia de Inglaterra, la denominada *Logia de San Juan de Jerusalén*, nº 51. Sus integrantes, como los de la mayoría de los numerosos talleres que a partir de entonces se instalarían en la Roca, presentaban una característica común: en realidad se trataba de oficiales al mando de los diferentes

regimientos y unidades que integraban la guarnición o que, provisionalmente, habían sido destacados para la defensa del Peñón frente a los sucesivos asedios y bloqueos españoles. De todas formas, la denominación de esta primera logia instalada en Gibraltar resulta curiosa, pues nos sugiere que, en su imaginario colectivo, estos primeros militares-masones británicos parecían verse a sí mismos como herederos de aquellos caballeros cruzados, defensores de Tierra Santa frente a los infieles sarracenos de cinco siglos atrás.

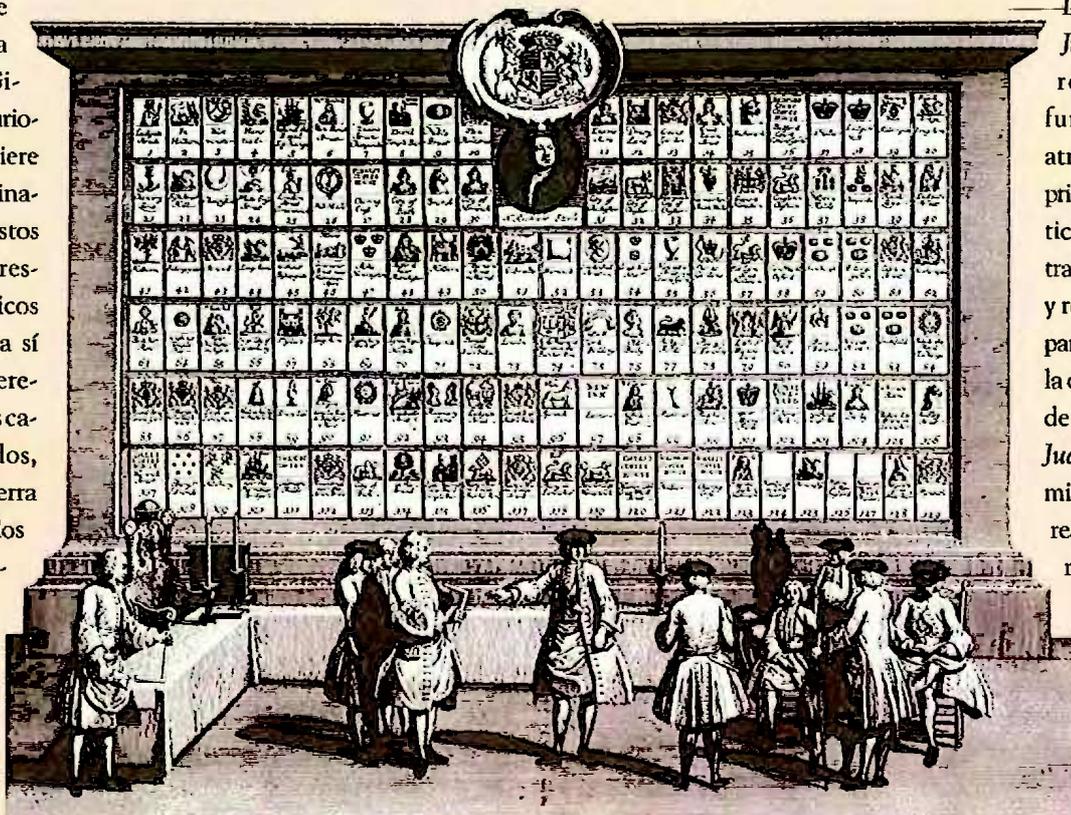
A *The Lodge of St. John* le segui-



Fotografía de 1929 en la que se reproduce el interior del templo de la Gran Logia Española, con sede en Barcelona. Abajo, sala de la Gran Logia de Inglaterra en 1743, donde se encontraba el Registro de las Logias auspiciadas por esta Obediencia.

rían otras muchas logias de militares estacionados temporalmente en Gibraltar, si bien ya desde el siglo XVIII comenzaron a fundarse otros talleres a los que accedieron civiles residentes en la colonia. Nacieron así

diferentes talleres. Aparte de logias de militares, de civiles y mixtas, estaban las formadas casi en su totalidad por miembros de la Iglesia apostólica y las integradas por católicos. Además, desde comienzos del siglo XIX la



—*Logia de San Juan* nº 115, heredera de la fundada años atrás, obtuvo el privilegio de practicar su ritual y tramitar sus actas y registros en español, recibiendo la denominación de *Logia de San Juan y el Fénix*, mientras que el resto de los talleres gibraltareños utilizaban la lengua inglesa. Finalmente, ha-



The Library, una de las calles de la población de la Roca a principios del siglo XX.

EL 25 DE FEBRERO DE 1886 SE INAUGURÓ SOLEMNEMENTE EL TEMPLO QUE LOS MASONES GIBALTAREÑOS UTILIZARÍAN A PARTIR DE ESE MOMENTO PARA LAS CELEBRACIONES DE LAS LOGIAS DEL PEÑÓN

bía logias adscritas a la Obediencia u Oriente de Inglaterra, pero también al irlandés y al escocés. Pese a ello, estas diferencias no impidieron que en una fecha relativamente temprana los masones gibraltareños culminaran una ambiciosa empresa común: la construcción de un templo y de toda una serie de instalaciones anexas donde, a partir de entonces, tendrían su sede y celebrarían sus reuniones las distintas logias del Peñón. Dicho templo fue solemnemente inaugurado el 25 de febrero de 1886.

La escasa proyección de la masonería gibraltareña

La existencia, pues, de una pujante masonería en Gibraltar ha dado origen a lo que podríamos denominar un lugar común en

la historiografía sobre el tema: la consideración de este enclave de soberanía inglesa como una «base de apoyo» o un poderoso «foco» de irradiación masónica, tanto sobre el conjunto de la masonería española—en general—, como de la andaluza y gaditana, en particular. Sin embargo, esta afirmación debería en el futuro comenzar a ser matizada, o en su defecto aportar testimonios que demuestren, más allá de las suposiciones, esa influencia ejercida por la masonería gibraltareña.

Por de pronto, para el siglo XVIII poca «irradiación» debió de haber, por la sencilla razón de que, en contra de lo afirmado tanto por los propios masones como por los cultivadores de su «leyenda negra», si algo están demostrando los estudios rigurosos so-

bre el tema es que, antes de 1868, la masonería española no parece que fuera una entidad demasiado relevante. Es cierto que hay testimonios que sugieren la existencia de algunas logias en la segunda mitad del XVIII y antes de la invasión francesa de 1808, logias casi siempre formadas por comerciantes, marinos y militares extranjeros, cuando no relacionadas con algunos puntos de tránsito o enclaves portuarios. También poseemos información de la llamada *masonería bonapartista*, difundida en nuestro país por las tropas napoleónicas y que, en realidad, lo que perseguía era cap-



tar simpatizantes y colaboradores para la causa de José Bonaparte.

Sin embargo, a juzgar por la documentación disponible e históricamente fiable, la masonería no parece haber jugado un papel de especial relevancia en la historia de España ni en el siglo XVIII ni durante el reinado de Carlos IV. Y con respecto a su importancia en el agitado proceso de crisis del Antiguo Régimen y afianzamiento del sistema liberal, lo cierto es que hasta la fecha se ha especulado mucho y sabemos con certeza bastante poco. A este respecto, si a algo apuntan las investigacio-

no quiere decir, obviamente, que los masones españoles, según parece bastante escasos y a quienes frecuentemente se confunde con otros tipos de fenómenos asociativos que se dieron en España y en toda Europa en la época liberal y romántica (sociedades patrióticas, carbonarios, comuneros, anilleros, etc.), permanecieran al margen de los vaivenes y acontecimientos políticos. De todas formas, hoy por hoy estamos lejos de poder calibrar con exactitud, dejando a un lado los tópicos y generalizaciones al uso, la actuación que organizaciones como la masonería o la comunería desem-

Así pues, durante estos años y pese a que desde 1808 España y Gran Bretaña se convirtieron en aliadas contra Napoleón, intensificándose desde entonces las relaciones entre los gibraltareños y los españoles residentes en la comarca, no hay datos que nos permitan hablar de una expansión de la masonería establecida en la Roca más allá de la frontera, ni tampoco nos consta la fundación de logias en las que participaran algunos de los aproximadamente 2.500 españoles residentes en el Peñón ya en la década de 1830. Tampoco, por lo demás, existen noticias que nos permitan afirmar que la masonería gibraltareña tuviera mucho o poco que ver en la conversión de la colonia en un lugar de refugio o, más bien, de salida hacia el exilio de los liberales españoles, especialmente durante el reinado de Fernando VII; o de su implicación directa en algunas de las expediciones que, partiendo de Gibraltar, como las de Valdés, los hermanos Bazán o Torrijos, pretendieron derrocar por la vía del pronunciamiento el absolutismo en España.

ORGANIZACIONES COMO LA MASONERÍA INTERVINIERON EN LA POLÍTICA ESPAÑOLA COMO CANALES DIFUSORES DE LAS IDEAS Y PRINCIPIOS LIBERALES

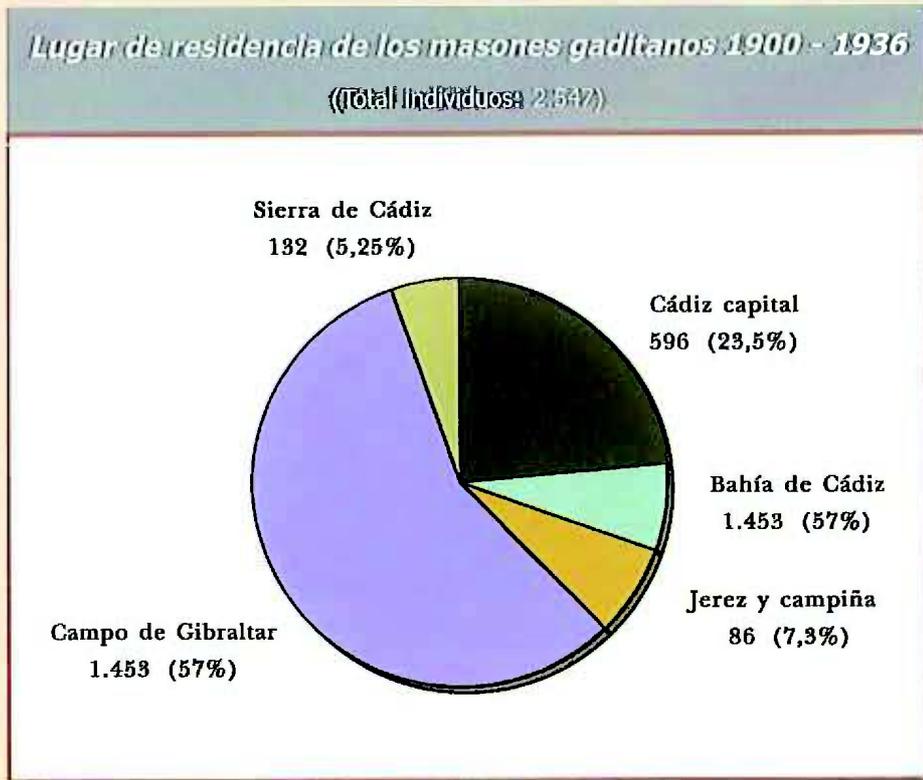
En todos estos fenómenos cabe pensar que pesaron más las razones puramente geográficas (la existencia al sur de la Península de una frontera por la que era relativamente fácil escapar a la persecución), e incluso las políticas, nacidas de la simpatía que la causa de los liberales españoles pudo suscitar entre los gibraltareños, que las basadas en una supuesta explicación en clave masónica de tales acontecimientos. De todas formas, no estará de más recordar que incluso el principal exponente de la literatura antimasonía, Leo Taxil, trató sobre Gibraltar en varios de sus panfletos, ofreciendo una imagen del Peñón como la de una especie de cuartel general de la masonería y el satanismo internacional,



Manifestación solicitando el ferrocarril en La Línea de la Concepción. En la organización de este acto y en la movilización ciudadana tuvieron mucho que ver las logias masónicas del Campo de Gibraltar.

nes serias sobre el tema es que la masonería no tuvo jamás el «enorme» protagonismo que algunos historiadores—incluso desde posiciones historiográficas muy enfrentadas—le han atribuido tradicionalmente en la gestación y desarrollo de los acontecimientos revolucionarios. Lo cual

peñaron en la política española durante—por ejemplo—el Trienio Constitucional, la llamada “Década Ominosa” o la época de las Regencias, más allá de su papel como canales difusores de las ideas y principios liberales, bien sea en sus versiones moderada o exaltada.



diseñar el plan definitivo del levantamiento que habría de protagonizar la armada fundada en la bahía de Cádiz.

1868 inauguró en España una etapa, el Sexenio Democrático o Revolucionario, donde convergieron y pugnaron por imponerse diversos proyectos y programas políticos, difundiéndose un ambiente propicio para el debate de las ideas y la discusión pública. Fue en estos años de agitados vaivenes, de alternativas y cambios en la trayectoria y rumbo político del país, cuando la masonería española comenzó a crecer, inaugurándose un proceso que ni siquiera se vería interrumpido por la restauración de la monarquía borbónica en 1875 y la imposición de un régimen político restrictivo como fue el diseñado por Cánovas.

Desde entonces la masonería española conoció una etapa de esplendor que sólo se vería interrumpida en torno a 1898, coincidiendo con los años del *Desastre* colonial. La llamada «crisis masónica finisecular», cuyas complejas motivaciones no podemos pormenorizar aquí, se prolongó hasta bien entrado el siglo XX, si bien a partir de 1914 las logias experimentaron un nuevo renacimiento, que se prolongaría hasta el estallido de la guerra civil. En todo este proceso además Andalucía ocupó un lugar de preeminencia, hasta el punto de que en esos poco más de sesenta años, los

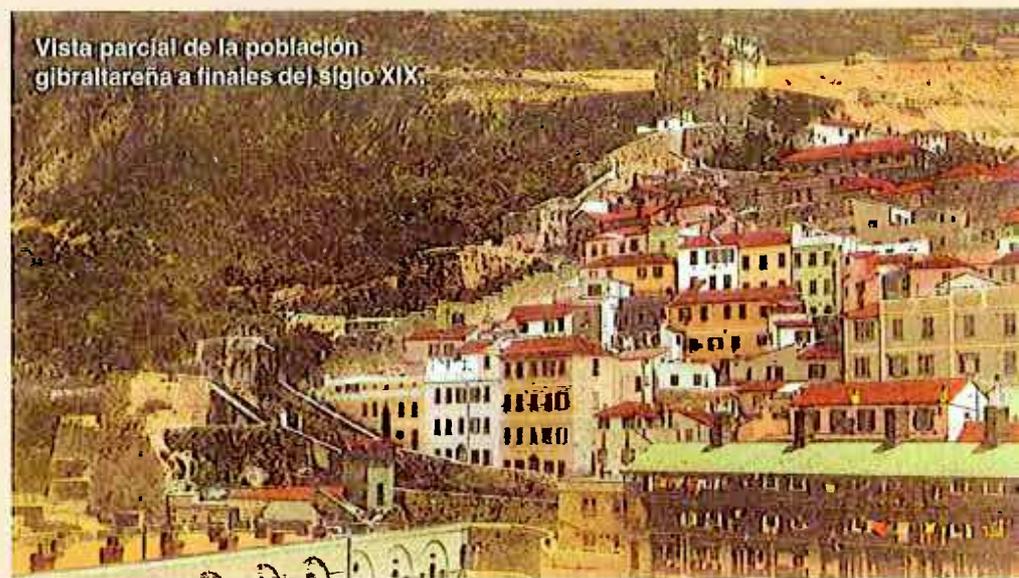
desde el cual la «pérfida Albión» extendía sus tentáculos por el mundo...

Pero en realidad, ni siquiera durante la mayor parte del reinado de Isabel II nos consta que existieran en España algo más que unas cuantas logias desconectadas entre sí y, en la mayoría de los casos, auspiciadas por Orientes u Obediencias extranjeras. Una de ellas fue la *Moralidad y Filantropía*, de Obediencia inglesa y fundada en Cádiz capital hacia 1857, algunos de cuyos miembros procedían de la *Iris nº 132* de Gibraltar. La *Moralidad y Filantropía*, una de las pocas logias establecidas en España a mediados del XIX y en la que al menos podemos constatar la presencia de algunos masones gibraltareños, no debió de tener demasiada actividad, si bien oficialmente no fue dada de baja en los registros de la Gran Logia Unida de Inglaterra hasta 1875.

El auge de la masonería española y Gibraltar

El florecimiento de la masonería española fue, con independencia de las elucubraciones de Leo Taxil o de las no menos

fantasiosas «investigaciones» de la policía de Fernando VII, un fenómeno relativamente tardío, que comenzó a vislumbrarse ya al final del período isabelino y especialmente tras el triunfo de la revolución de 1868. De aquella *Gloriosa* que, de nuevo, posiblemente más por razones geográficas que masónicas, en buena medida se fraguó en el Peñón, lugar escogido como idóneo por el general Prim y sus colaboradores para



que mediaron entre 1868 y 1936, nuestro suelo albergó aproximadamente 585 logias y organismos masónicos de distinto tipo, más de un tercio de los constituidos en toda España. Y dentro de Andalucía fue sin duda Cádiz la provincia donde este fenómeno se hizo más palpable, fundándose no menos de 185 talleres entre el último tercio del XIX y las primeras décadas del siglo XX. Es a partir de entonces cuando puede hablarse

Regular de España, instaló una logia en Gibraltar denominada *Estrella de Calpe*. Desde el Peñón, y más en concreto desde la imprenta de Rafael F. Carara, con oficinas en la calle Real, comenzó a editarse desde enero de 1887 el boletín quincenal del Gran Oriente Nacional de España, dirigido por un influyente masón residente en la zona, el hermano Ricardo de Mendoza Sánchez. Unos años después, en febrero de 1908, se constituía en La

braltar y perteneciente a la Orden Independiente de Odd-Fellows, Unidad de Manchester. *La Aurora*, una especie de sociedad de socorros mutuos más que propiamente una logia masónica, prolongó su actividad hasta julio de 1936, llegando a contar con cientos de socios en el Campo de Gibraltar.

LAS LOGIAS MASÓNICAS GADITANAS MANTUVIERON ESTRECHOS CONTACTOS CON LAS RADICADAS EN GIBRALTAR

Así pues, por estas fechas y a juzgar por los testimonios disponibles, existían ya relaciones fluidas entre las dos docenas de logias españolas radicadas en el Campo de Gibraltar y los talleres británicos del Peñón. De ahí el enfado que debió de sentir en mayo de 1911 el venerable maestro de la logia *Regeneración* nº 324, de La Línea, adscrita a la Federación del Gran Oriente Español (GOE), cuando en mayo de 1911 recibió una carta de la gibraltareña *Logia de San Juan*, en la que ésta le informaba de que su Obediencia no estaba reconocida por la Gran Logia de Inglaterra, y que por tanto no podían seguir manteniendo relaciones. Como decía el venerable aludido, en escrito a las autoridades del GOE: «creyéndonos reconocidos por todas las Potencias Masónicas, resulta ahora que no lo somos por la de Inglaterra. Como es de comprender este asunto merece un especial cuidado y prestarle la debida atención...»

Y especial cuidado a las relaciones con la masonería gibraltareña es precisamente lo que comenzaron a dedicarle desde entonces las dos principales Obediencias españolas de comienzos del siglo XX, el ya citado Gran Oriente Español y la Gran Logia Española. Un acontecimiento de carácter político hizo además muy conveniente estrechar dichos contactos: el triunfo en España en septiembre de 1923 de un golpe de Estado y el establecimiento de una dictadura militar, en-



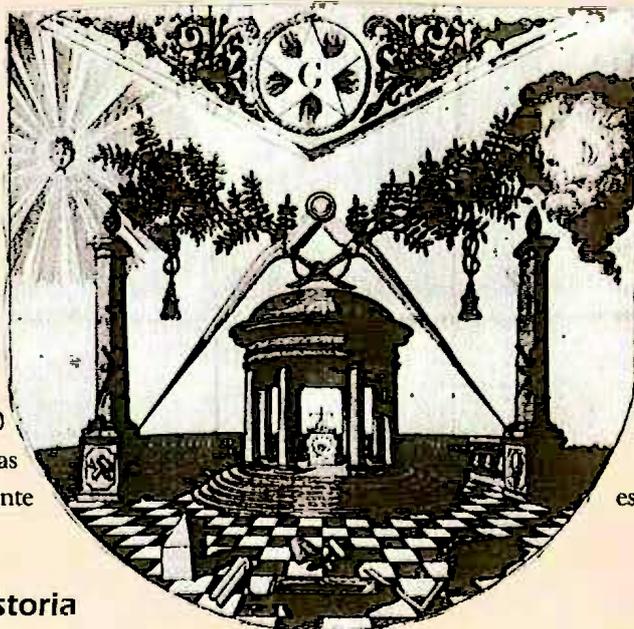
Gibraltar. Watesport Street en los primeros lustros del siglo XX. Bajo estas líneas grabado decimonónico en el que aparecen los símbolos de la masonería.

con certeza de una influencia de la masonería gibraltareña en nuestro país, pero de una influencia recíproca, que discurrió en ambas direcciones de la verja y que se tradujo incluso en el establecimiento de logias españolas en el mismísimo suelo de la colonia británica.

Contactos entre la masonería española y la gibraltareña

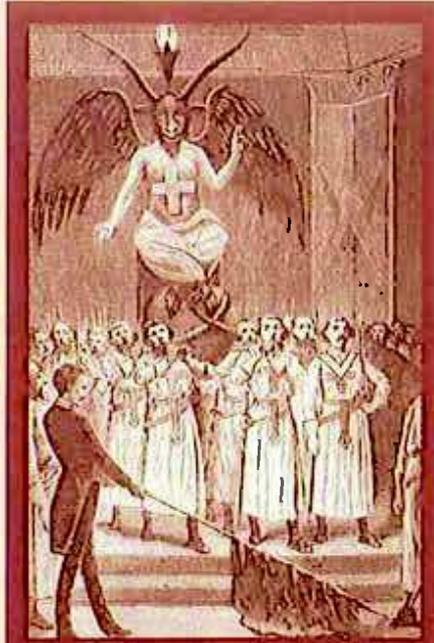
Aunque en bastantes casos la documentación de los talleres del siglo XIX ha llegado hasta nosotros de manera muy fragmentaria, hay constancia de que en torno a 1880 una de las Obediencias masónicas españolas, el llamado Grande Oriente

Línea de la Concepción un organismo comasónico, la Logia *La Aurora* nº 8070, adscrita al Distrito Calpense, con sede en Gi-



cabezada por el general Primo de Rivera. Para los masones liderados por Diego Martínez Barrio, gran maestro de la recién constituida Gran Logia Regional Andaluza (adscrita al GOE), se convirtió en un objetivo prioritario prever la huida de los hermanos políticamente más comprometidos, para el caso de que el régimen dejara de ser una dictadura de guante blando y endureciera su actitud hacia las fuerzas de oposición. Similares preocupaciones embargaban a las autoridades de la Gran Logia Española, una Obediencia implantada básicamente en Cataluña pero que contaba también con media docena de logias en Andalucía.

Para hacer frente a este problema los masones actuaron con rapidez: antes de que finalizara 1924 el GOE fundaba en Ayamonte la logia *Redención*, justo en la frontera con Portugal. Unas semanas antes, en junio de 1924, Diego Martínez Barrio y Demófilo de Buen, catedrático de la Universidad de Sevilla y futuro gran maestro del GOE, habían aprovechado un viaje a La Línea para visitar Gibraltar, siendo atendidos por el venerable de la *Logia de San Juan*, J. Norton, quien con toda cortesía les enseñó el templo donde trabajaban las dieciocho logias existentes en aquellos momentos en el Peñón. Aunque lógicamente poco trascendió de lo tratado por los máximos dignatarios de la masonería andaluza y gibraltareña, lo cierto es que a partir de entonces las alabanzas hacia «los entusiastas miembros de la Masonería inglesa, que tan brillantemente sostienen los principios de la Orden», comenzaron a prodigarse en la *Información Reglamentaria*, el boletín interno de las logias andaluzas del GOE. Años después el propio Martínez Barrio, miembro del comité nacional revolucionario, no dudaría en refugiarse en Gibraltar tras el fracaso de la sublevación de Jaca, evitando así ser detenido por la policía. Desde Gibraltar el líder republicano logró embarcarse en un mercante rumbo a Francia, donde viviría un primer y corto exilio en vísperas de la proclamación de la II República. Pero más relevante aún que las iniciativas anteriores fue la instalación, en octubre de



JURAMENTO DEL MASÓN

Juro por Dios y por San Juan, por la Escuadra y el Compás, someterme al juicio de todos, trabajar al servicio de mi Maestro en la honorable Logia, del lunes por la mañana al sábado, y guardar las llaves, bajo la pena de que me sea arrancada la lengua a través del mentón, y de ser enterrado bajo las olas, allá donde ningún hombre lo sabrá.

(Juramento de iniciación conservado en un manuscrito de Edimburgo, 1696)

MÁS INFORMACIÓN



SHERIFF, K.: *The rough ashlar. The History of english freemasonry in Gibraltar, 1727-2002*. Gibraltar, 2002.

MORALES BENÍTEZ, A. y SIGLER SILVERA, F.: «Gibraltar y la masonería de obediencia española», en *La Masonería en la España del siglo XX*. Toledo, 1996, pp. 911-929.

ÁLVAREZ REY, L.: «Un espacio de sociabilidad: la Masonería en Cádiz entre el 98 y la Guerra Civil», en la publicación *En torno al 98*, Huelva-Sevilla, 2000, pp. 479-501.

1925, de un triángulo masónico de obediencia española en Gibraltar. Este taller, transformado rápidamente en logia, recibió el nombre de *Internacional*, ostentando el número 38 en los registros de la Gran Logia Española (GLE). Sus fundadores procedían de la Logia *Autonomía* nº 16, de La Línea, adscrita también a la GLE, y si bien sus primeros años fueron difíciles, de su cuadro de hermanos llegarían a formar parte, entre 1925 y 1936, un total de 86 gibraltareños. A la *Internacional* le cupo además el honor de albergar en su templo, instalado en Turnbull's Lane, 44, una de las asambleas anuales de su Obediencia, la celebrada por los representantes de los talleres de la Gran Logia Española meses después de la proclamación de la II República, a mediados de mayo de 1932.

No obstante, desavenencias entre los miembros de la *Internacional* dieron origen, antes de que estallase la Guerra Civil, a dos nuevos talleres masónicos españoles en Gibraltar: las logias *Continental* nº 61 (fundada en julio de 1933), y la *Amargura* nº 68, oficialmente constituida en marzo de 1935. Ambas nacieron como fruto de escisiones en el seno de la logia *Internacional*, y ambas recibieron los auspicios de su Obediencia rival: el GOE, a través de la Regional del Mediodía, convirtiéndose este asunto en una fuente de polémicas y disputas. No obstante, si bien la primera desarrolló su actividad normalmente, llegando a contar con treinta y un miembros en sus tres años de existencia, la *Amargura* tuvo que ser disuelta apenas un año después de su constitución, en febrero de 1936, dado el escaso interés demostrado por sus diez hermanos.

Unos meses después llegaba el 18 de julio y el inicio de una guerra civil que, como en otras ocasiones, convertiría de nuevo a Gibraltar en lo que también ha sido para los españoles, masones o no, a lo largo de nuestro reciente pasado: un lugar de asilo, de refugio y de salida hacia el destierro para los perseguidos políticos. Pero esa es, también, otra historia. ■